

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION--RECREO.---UTILIDAD. | 15 REGALOS CADA MES.

ADVERTENCIA.

La imprenta, redaccion y administracion de este periódico se han trasladado á la calle de Maese Luis, número 15, á donde se dirigirá la correspondencia.

SUMARIO.—Juguetes literarios, por don J. M. Marin. —La huérfana y Ante la tumba de Espronceda, poesías, por don Julio de Eguilaz. —La mano de Dios, por don Nicolás Diaz y Perez. —Lágrimas de amor, poesía, por don Dámaso Delgado Lopez. —Inconstancia, poesía, por don F. Sanmartin y Aguirre. —Blancas y morenas. —Al amanecer, poesía, por don José Castroverde. —Paralelo del amor y las flores, por don S. M. —Mi suspiro y La tempestad, sonetos, por don J. M. Bello. —Miscelánea. —Charada, por don J. M. Bello.

JUGUETES LITERARIOS,

POR

J. M. MARIN.

(Continuacion.)

XLIV.

La verdad.

Una de las cosas que mas nos irritan es la pérdida de un libro desde que se nos extravió uno que teniamos en mucho, y el que, en vano, hemos buscado despues.

Algunas veces hemos creído hallarlo; pero... nada.

Os contaremos cómo llegamos á convencernos de que jamás parecerá.

Estábamos apoyados sobre nuestra mesa.

Nuestra habitacion hallábase inundada de luz y de un aire puro, saturado de vida...

Por fuera hacía un dia magnífico.

El espacio ostentaba *su azul*, ese azul sin nombre cuya imitacion desespera, por imposible, á la Musa de la Pintura.

El Sol, esa antorcha que encendió la Eternidad para alumbrar su camino, tornasolaba con sus rayos de oro la bóveda celeste.

Ocurriósenos buscar por satisfacer cierta exigencia momentánea de nuestro espíritu, uno de nuestros libros; el de que ya os hemos hablado.

Era un Tratado filosófico que tenía por título *La verdad*.

En nuestra mesa hallábanse colocados, sin orden, varios volúmenes, y entre ellos supuse que se hallaría.

Alargué la mano, abrí uno y lei:

Teorías de Platon.

No es este.

Cojí otro.

Sistema de Epicuro.

No es este.

Tomé otro.

Al-Koram.

Fuera! fuera!

Abrí otro:

Mitología Greco-Romana.

Tampoco es este.

Usos y prácticas de los Druidas.

Adelante.

Adoradores del Sol y reseñas de varias idolatrías.

Horror!

Cojí otro.

Historia universal del Paganismo.

Lejos de mí! Otro.

A ver, este otro.

El Protestantismo.

Tampoco; sigamos...

El contrato social.

Otro, otro.

Sistema de Fourier.

Veamos los que quedan...

Doctrinas de Luis Blanc, Sain-Simon, Padre Leroux, etc. Historia del reinado de Luis XV; Historia de la revolucion de 1793, Historia del absolutismo, Historia de la Democracia.

A ver este último?

Historia de dos misioneros franceses crucificados por los chinos y de dos fakies de Damasco asesinados por los infieles.

Pues, señor, no está! Hemos perdido el libro que buscábamos.

¿Dónde le habré puesto?

¿A dónde habrá ido á parar?

Preguntaremos al criado:

—Antonio ¿sabes tú á dónde ha ido á parar un libro que estaba aquí, en nuestra mesa, *muy manchado*, por cierto?

—Un libro... ¿cuál?

—*La Verdad*, hombre; ¿sabes dónde está?

—*La Verdad*? no, señor.

—Ni yo.

Nos resignamos y salimos á pasear.

Al dejar nuestra habitacion se nos antojó mirar al cielo. En lontananza, sobre los vapores que bordaban los horizontes, vimos tendida una gran mole en forma de cruz.

Ah! entonces nos pareció que estaba el cielo muy *elocuente*.

¡El libro de la *verdad* debe morar en lo alto!...

XLV.

El mejor cosmético.

Beldades deterioradas; las que usais polvos para la cara, carmin para las mejillas, añadidos para el cabello, algodón para el pecho y caderas, y un pincelito para prolongar las cejas y agrandar los ojos, ¿quereis que os hagamos una revelacion de amigo?

Ahí vá y no la olvideis:

Vuestro mejor colorete es la noche.

XLVI.

Éxtasis.

Santa Teresa de Jesus, segun todos sus biógrafos, experimentaba con frecuencia éxtasis de amor místico.

Las sonámbulas por resultado de experiencias magnéticas tambien sufren esa modificacion físico-moral.

Sentadas estas bases, nos ocurre preguntar:

¿Es posible que exista algo mas hermoso que la cabeza de una muger en éxtasis?

Creemos que no.

Aquel busto, sea por el fuego de la Fé ó por el fenómeno de la Ciencia, es, en esa situacion, una figura ideal amasada con luz y cielo.

Si no la habeis visto, no la podeis concebir.

Si la habeis visto, no la podreis olvidar.

XLVII.

Las bienaventuranzas de amor.

¡Bienaventurados los que aman siendo amados, porque amar al que nos ama, es vivir!

¡Bienaventurados los que poseen el objeto de su primer amor, porque no hay mayor felicidad!

¡Bienaventurados los que oyen de labios carmesíes amorosas confesiones, porque ellos escuchan el canto de los ángeles!

¡Bienaventurados los que encuentran en el sendero de su vida un corazon leal y fiel, porque ellos poseen el bien!

¡Bienaventurados los que pueden reclinarse su cabeza sobre un pecho que tiembla de pasion, porque ellos gozan horas de hermosa paz!

¡Bienaventurados los que cambian un ósculo de ternura, en el que quisieran morir, porque ellos dejan, por un momento, de ser *pobres criaturas*!

¡Bienaventurados los que piensan mu-

cho en sus amores, porque ellos tienen ensueños muy felices!

¡Bienaventurados los que aman siempre, porque ellos tendrán un caudal inagotable de recuerdos de alegría, rayos de amor que iluminarán el ocaso de su vida!

(Se continuará.)

LA HUÉRFANA.

Vuelve la golondrina,
Rotos los hielos,
Y la rosa de Mayo
Sale á su tiempo:
¡Soy flor de primavera,
Nací en invierno!

El olmo á tierra viene
Del rayo herido:
Ya la vid solitaria
Perdió su arrimo:
¡Sin sombra y sin apoyo
Huérfana vivo!

Dicenme que rechace
Las negras olas,
Que se alzan en mi pecho
Como señoras:
¡Y es mandar á la cera
Lo que á las rocas!

No deis al artificio
Crédito nunca,
Las que pedís á Vénus
Glorias que luzcan:
¡La salud es la fuente
De la hermosura!

Esperanzas y amores
Eran mis sueños:
Tempestades y angustias
Son mis desvelos:
¡Qué han de ver unos ojos
Siempre despiertos!

Cuando lágrimas puras
Vierte la noche,
No faltan florecitas
Que las recogen:
¡Y para el llanto mio
No hay corazones!...

De la luna mirando
La triste rueda,
Esto canta la virgen,

Mústia y enferma:
¡Y á mi lira se agolpan
Sus dulces quejas!

ANTE LA TUMBA DE ESPRONCEDA.

Vate del sol y de la noble guerra
Y del febril recóndito suspiro,
Que arrebatado en amoroso giro,
Puro al brotar, en fetidez se entierra:
No con mis ojos frágiles de tierra,
Con los del alma tu sepulcro miro,
Y entre angustias y yerto me retiro
Del mónstruo avaro que tu nada encierra.

Fuego ayer, hoy ceniza, tal renombre
Velando un ataud, glorias tan altas
Inútil propiedad de un triste nombre.
¡Dura el combate, y de tu puesto faltas,
Gigantesco adalid!... ¿Qué fué del hombre?...
Miserable reflexion ¡por qué me asaltas!

Julio de Equilaz.

2—Febrero—68.

LA MANO DE DIOS.

MEMORIAS DE CARLOS III.

I.

Había dicho Federico II de Prusia, el rey filósofo, «que en su época solo reinaba en Europa rey y medio: en Prusia un rey-completo; en España un medio-rey; en las demás naciones nadie; porque los soberanos todos que ceñían las diferentes coronas europeas no eran reyes, ni querían serlo, ni lo sabían ser.»

Y en efecto, después de Federico II, rey completo, no hay otro monarca entre sus contemporáneos que le igualase en algun tanto como Carlos III de Borbon, medio-rey; porque si bien en la parte administrativa era notable, en la política era un tanto débil por no querer romper definitivamente, y de una vez, con el poder clerical que hacía mucho tiempo dominaba en la corte de España; bien que esto lo hizo tal vez por la educación que recibiera de su padre don Fernando VI, quien respetaba la Iglesia como al principal poder del Estado. No obstante, Carlos III se distinguió por dos rasgos muy importantes que le enaltecen notablemente en la historia la espulsion de los je-

suitas y la supresion del derecho de juzgar que tenía el Santo Oficio.

Son los dos hechos mas grandes que, en la historia política de aquel monarca, registrará la historia de aquellos tiempos, ensalzando cuanto se merece al monarca ilustrado y liberal que fomentó su reino dando alas á la industria, proteccion á las artes, descentralizacion al comercio y alivio á la agricultura. Pero no queremos aquí hacer un análisis crítico sobre los hechos de la historia política ni económica del tercer Carlos, y solo vamos á referir un suceso que pertenece á su vida privada, con el fin de dar á conocer hasta donde llegaba la bondad del carácter peculiar del sábio monarca.

II.

Carlos III vivía de noche; es decir, trabajaba mas de noche que de dia. Cuando su corte dormía, desde Campomanes hasta el oficial que daba la guardia á palacio, el rey se entregaba solo en su despacho á estudiar las cuestiones principales de su reino, y en la soledad resolvía los expedientes y consultas mas importantes. Muchos dias S. M. se levantaba de escribir, cuando las golondrinas cantaban en los hierros del balcon que tenía su despacho para el patio, y se retiraba hasta su alcoba dejando dormidos en los sillones á los porteros, pajes y sirvientes mayores, todos rendidos á la venida de la aurora. Pero una mañana tenía que comunicar una orden de interés: cogió la campanilla y tilin... tilin... la sonó varias veces para que acudieran los sirvientes... Nadie acude. Entonces se convenció S. M. que estaba solo, ó al menos que él velaba únicamente.

Se acercó despacio á la puerta y vió á uno de sus jóvenes pajes dormido sobre un diván en la habitacion inmediata.

—Me dá pena despertarlo, dijo, y observó que del bolsillo de la chupa se le caía al paje un papel.

—¿Qué será?—volvió á hablar S. M. entre dientes, mientras lo tomaba entre sus

dedos;—veamos, veamos,—y se dirigía á su despacho.

Carlos III volvió á ocupar su sillón, arrió hacia él la vela, que ya ardía mal, y leía en el sobre: «A D. Manuel Lopez, page de honor de S. M. el rey nuestro señor. Madrid.»

—Algun billete de novia tal vez, dijo, mientras desdoblaba y leía:

«B.... á 16 de Julio de 1764.

Querido hijo mio: desde que por influjo del señor Marqués (q. D. g.) estás en palacio y me socorres con tus ahorros, tus dos pobres hermanas y yo hemos salido de la espantosa miseria en que vivíamos, y tenemos pan que comer y ropa con que abrigarnos. ¡Ay, hijo mio! Yo te doy las gracias por la bondad de tu corazón, y te bendigo como el mejor y mas amante de los hijos. Adios, recibe afectos de tus hermanitas y ya sabes tú cuánto te quiere tu padre.—*Manuel.*»

—¡Hé sorprendido los secretos de un padre!—dijo, y el rey se enterneció sobremedida.

—Pero ya que la casualidad me ha hecho conocer la triste suerte que ocupa la familia de mi page, hagámos algo por mejorarla.

Y S. M. sacó de los cajones de su mesa un puñado de oro, se levantó y fué hacia donde el paje dormía: tomó cuidadosamente las faldas de su chupa y vació la mano en uno de sus bolsillos, retirándose muy silencioso á su despacho.

Al sentarse agitó con fuerza la campanilla, hasta que se dejó oír por las habitaciones inmediatas.

El page apareció al punto en el dintel de la puerta exclamando entre dormido y despierto:

—¡Señor!

—¿Dormiais, paje?—le dijo con cariño.

—Perdóneme V. M.

—No temas, acércate.

—No he podido resistir al sueño.

—¿Pues cómo; tú tan servicial y tan listo; tú que te retiras el último y hoy te duermes?

—Señor, perdon; todo el día he estado de antesala y los cuatro pages, los señores y altos hombres se retiraron á las doce de la noche: son ahora las cinco de la mañana, y yo solo en ese cuarto me he dormido.

—Bien, bien,—dijo el rey sonriéndose con dulzura, y añadió despues:

—¿Qué llevas en la chupa? á ver, regístrate!

El jóven palideció; llevó la mano hácia el bolsillo en que sintió mas peso, sacó el dinero, lo contempló con asombro, y fijando en el rey sus espantados ojos no acertaba á articular una sola palabra: casi se sentía desfallecer.

—¡Vamos, qué te pesa!—decía S. M.

—¡Señor!—balbuceaba el page con sus ojos preñados en lágrimas.

—Vamos, no te turbes, y dí qué es todo.

—Señor, contestó llorando el page; debe haber alguno que me quiera mal, por que este dinero no es mio, y yo ignoro cómo ha venido á mi bolsillo.

—¡Es extraño!...

—Yo juro á V. M. que soy inocente

—Y quién crees tú que puede pensar en perderte?

—Señor... yo... no acierto...

—¿No tienes tú un padre que necesita dinero para alimentar á sus hijos? Pues, ¿por qué no ha de ser Dios quien te envía ese dinero, no para perderte, sino para socorrerle? ¿Crées tú que á los que obran bien, como tú, los puede olvidar Dios jamás?

—¡Ah!... conozco en esas palabras,—dijo el jóven,—que es V. R. M. en esta ocasion la mano de Dios que socorre á mi padre.

—Sí, sí.

—Gracias, señor, gracias,—repetía el mancebo besando una y mil veces la mano del generoso monarca.

—Oye:—le dijo Carlos III,—la mano de Dios para hacer bien se une lo mismo al brazo de un rey que al de un mendigo; lo mismo al de un general que al de un

soldado: cualquiera que sea el instrumento, siempre el impulso viene de Dios. Envía ese dinero á tu padre y dile que yo cuido desde hoy de él y de tí.

III.

Por este hecho solamente se puede conocer á Carlos III, y de seguro que como tiene muchos rasgos como el que hemos descrito, todos quieren á tan buen monarca, porque ciertamente que él se hacía querer.

El había comprendido cuál es la posición de un rey, y decía con De Levis: «Cualquiera que reflexiona atentamente sobre los deberes de un monarca, tiembla al ver una corona.»

El había aprendido los consejos que Luis el Gordo daba á su hijo: «Nunca pierdas de vista que la autoridad real no es mas que un cargo público, del cual tendrás que dar cuenta despues de tu muerte.»

El había leído en Eurípides aquella máxima: «Un rey ha de tener presente tres cosas; que gobierna á hombres; que debe gobernarles segun la ley; que no gobernará eternamente.»

El estaba conforme con Boltugbroke en que los derechos de los reyes son depósitos, mientras los derechos de los pueblos son propiedades.

Y así Carlos III fué bueno en su política y sábio en su administracion; llegando á ser en mas de una ocasion para muchos pobres *la mano de Dios*.

Nicolás Diaz y Perez.

LÁGRIMAS DE AMOR.

Cuando el bosque trinando estremece
B'anda queja que dá el ruiseñor,
Y la brisa aromada se mece
Sobre el cáliz de nívida flor,
De mi negra y letal amargura
Rompe el ¡ay! que mi pecho tortura
Y escandecen mis ojos las lágrimas
Que en tu ausencia derrama mi amor;
Y si llora en el cielo la nube
De la luz enlutando el fulgor,
Y si en alas del céfiro sube
Mi ferviente plegaria al Señor;

De mi negra y letal amargura
Rompe el ¡ay! que mi pecho tortura,
Y escandecen mis ojos las lágrimas
Que en tu ausencia derrama mi amor!

Dámaso Delgado Lopez.

Valencia, 13 de Febrero de 1865

INCONSTANCIA.

En el cáliz de un clavel
Aspiraba dulce miel
Mariposa de color...
¡Pero dejóle la infiel
Para volar á otra flor!

Tambien, niña, amor constante
Me juraste candorosa,
Y me dejaste al instante
Para gozar de otro amante:
¡Eres cual la mariposa!

José F. Sanmartín y Aguirre.

BLANCAS Y MORENAS.

Hé aquí dos palabras, mejor dicho dos clasificaciones, que envuelven en sí á la bella mitad del género humano. Blancas y morenas son las mugeres; mas como en este mundo todo tiene su término medio, tambien las hay «trigueñas.»

En su primera edad la muger es la primavera. Mas en general, la muger blanca es el invierno; la morena el estío; la trigueña el otoño.

La blanca es la nieve, la morena el fuego, la trigueña el color natural.

La blanca es agradable, la morena graciosa, la trigueña agraciada.

La blanca es la poesía, la morena la dulzura, la trigueña la bondad.

La blanca tiene hechizos, la morena gracias, la trigueña atractivos.

La blanca causa el deseo de la admiración, la morena el de la posesión, la trigueña el del agrado.

La blanca tiene los ojos azules, la morena negros, la trigueña castaños.

El corazón de la blanca se mueve, el de la morena late, el de la trigueña oscila.

La blanca usa del coquetismo, la morena de la coquetería, la trigueña del donaire.

El amor de la blanca conmueve, el de la morena subyuga, el de la trigueña enamora.

Ahora bien: si es cierto todo lo dicho, salvo excepciones, si ese hermoso defecto de la naturaleza, como llamó Milton á la muger; si esa obra maestra del universo como la denominó Lessing, se presta siempre en las tres fases de blanca, morena y trigueña, ¿cuál elegiremos? Muy difícil es la cuestión, que dejaremos resuelta cada uno á su gusto.

Yo por mi parte diré:

Me gustan todas
en general.

EL AMANECER.

I.

Tras las colinas
Asoma el alba
De blanco y rosa
Engalanada.
Ya el aura leve
Por las montañas,
Valles y prados,
Sonríe plácida
Con las silvestres
Flores lozanas,
O ya serpéa
En la enramada,
Leda besando
Aves y plantas.

II.

Los pajarillos
Del nido saltan,
Y á Dios entonan
Dulces plegarias;
Las ovejuelas
Brincan y balan
En sus rediles
Aprisionadas,
Y los pastores
Ya se preparan
Para su alegre
Diaria marcha.
Toda natura,
Antes en calma,
Bulle y se agita
Regocijada,
Cual tierno niño
Que bate palmas,
Entre los brazos
De madre amada.

José Castroverde.

PARALELO DEL AMOR Y LAS FLORES.

Nada hay mas grato en el mundo, que esas tiernas impresiones que recibe el alma, cuando experimenta una dulce tranquilidad, producida por esas delicadas emanaciones, que brotan de ella, á impulsos del ejercicio constante de todas las virtudes, cuyos perfumes exhala la caridad, la gratitud, el amor...

Ese amor naciente, dulce, tranquilo, dichoso en sus mismas carencias, que se alimenta de leves recuerdos, y no atina ni aun á formar deseos ni esperanzas. Vago é indefinible, como el pensamiento de un niño, presta vida al alma, la ennoblece, la eleva sin fatigarla, es profundo sin raíces, es extenso sin medida; como el amor de Dios á sus criaturas, como el amor de las criaturas á su Dios.

La imaginacion de esos seres bienaventurados, se halla tan preocupada con esos dulces pensamientos, ricos de juventud, llenos de esa abundante poesía, cuyo principal delirio es la frivolidad; estimulados por esos delicados perfumes que exhala ese amor frívolo, para el mundo material, indiferente, pero muy seductor, para los dos amantes, que en una mirada, una sonrisa halagüena, el regalo de una flor, en cualquier cosa, ven abierto ante sí, un mundo de delicias... que es la preciosísima sávia que espiritualiza la vida.

Esos corazones se encuentran dulcemente arrallados por esos dones tan inapreciables y que tanto halagan y embellecen su existencia. . . ¡La juventud y el amor! Hay cosas mas fecundas en sentimientos nobles y generosos, en acciones altamente meritorias, como las que arroja ese venero de las almas jóvenes y profundamente enamoradas? esas inspiraciones purísimas, producidas por ese férvido amor, cuyos destellos, el Ser Supremo, ha destilado en sus corazones virginales...?

Esas almas son el núcleo, digámoslo así, de las mas tiernas fruiciones, hijas

de ese vehementísimo cariño, que mutuamente se prodigan, fundadas en un mismo sentimiento, en el puro crisol donde se purifican esas sublimes aspiraciones, que son los vagos presentimientos de esa misteriosa felicidad que les espera.

Amantes cariñosos, no le pidais al mundo la felidad, pues él no la dá; encerraos en vosotros mismos, en vuestro casto amor, y estad seguros de que, viviendo bajo su célica influencia, mas ó menos pronto, recibireis del cielo el galardón, con la corona de himeneo.

Hablo con los que sois sensibles á esa delicada pasion, con los que sabeis sentir vigorosamente impulsados por vuestros corazones, fundidos y sublimados, en ese sentimiento, el mas grande, mas heroico y eminente, que mas tarde contempla el mundo con admiracion.

Y sinó, registrad las páginas de las historias antigua y moderna de los pueblos del mundo, y en ellas encontrareis rasgos sublimes de valor, de heroismo de generosidad, de abnegacion, que os asombrarán; debidos exclusivamente á esas poderosísimas influencias, de esas castas y dulces emanaciones del amor mas profundo y verdadero.

¿Qué es sinó ese sentimiento, en toda su pureza, sino un vivísimo destello de la misma divinidad? Despojada el alma de esas mezquinas pasiones, que tanto la agitan y la combaten, ¿hay nada mas sublime, mas admirable, que esos dulces trasportes, esos deliquios, esa célica alegría, producida por esa vivificadora llama, alimentada constantemente en los enardecidos pechos, de esos seres privilegiados, de esos puros corazones, que nacieron para el amor mas santo é inefable...?

Hasta en el melancólico tinte de esas fisonomías, se destella una aureola de dulzura, de sensibilidad, de poética atraccion, de sublimes simpatías.

Van exhalando un perfume delicado del amor, que se aspira con delicia, como se aspiran con avidez las aromáticas bri-

sas, que suavemente se desprenden del aterciopelado pétalo de las flores, que nos encantan por sus formas, sus colores y sus especialísimos aromas.

¿Qué sería del hombre sin ese dulce sentimiento que le embriaga, sin ese encantador perfume que le seduce?...

Todos conocen la causa de esa dulce embriaguez del amor, de esa adorable seducción de las flores... Empero, ¿y esos efectos que obran tan voluptuosamente sobre los impresionados espíritus? Esa esquisita sensibilidad, que tan directamente ejercen su poderosa influencia sobre los sentidos... decidme, amados lectores, ¿no es verdad que tienen una perfecta semejanza el embriagador perfume de esas flores, con ese balsámico amor que se siente cuando el alma está verdaderamente inspirada y posee por completo el objeto ansiado de tanta adoración? .. No es, pues, exacto el paralelo del amor con las flores...? Concluiré diciendo, que este sublime sentimiento, tal cual yo lo concibo, es el mas dulce é inefable, de cuantos experimentar puede el corazón humano.

S. M.

MI SUSPIRO.

SONETOS.

Vuela, suspiro; vuela presuroso,
y al ángel de virtud que me enamora
cuenta la amarga pena que atesora
el corazón exento de reposo.

Dile que me persigue rencoroso
hado fatal con saña destructora;
dile que en vano compasión implora
de la enemiga suerte el pecho ansioso.

Y si en sus labios de coral y rosa
ves de amor la sonrisa dibujada,
ven, suspiro, y mitiga mi quebranto:

Pero si te recibe desdeñosa,
dile que anhelo que la parca airada
ponga fin presto á mi penoso llanto.

LA TEMPESTAD.

De Jehová á la voz omnipotente
se encrespa el mar y amenazante brama;
estalla el trueno, y la azulada llama
del relámpago brilla de repente.

Respirase dó quier cálido ambiente,
cárdeno rayo el horizonte inflama,
ruge aquilon. la lluvia se derrama
sobre la tierra, que temblar se siente.

Mientras ¡ay! en el vicio sumerjido
del Hacedor la ira justiciera
no teme el pecador empedernido:

Y en vez de prosternar su frente impura,
impío blasfema y con audacia fiera
del mundanal placer la copa apura!

J. M. Bello.

Puerto de Sta. Maria.

MISCELÁNEA.

No es exacto, como asegura un colega sevillano, que nuestro querido amigo y colaborador don José Castroverde y Quirós, solicitara la depositaria de su ciudad natal, el Puerto de Santa Maria. Lo cierto es que habiéndole sido propuesto dicho cargo, rehusó admitirlo, seguramente por no creerle conveniente á sus intereses.

Benéfico Ballesteros,
como el calor va apretando,
es preciso que abras pronto
de la Ribera los baños.
Abrelos; pues niñas hay,
y conozco á mas de cuatro,
que para poerse frescas
los están necesitando.

Parece que la nueva Junta provincial de instrucción primaria ha propuesto para el cargo de Depositario de los fondos afectos al ramo al señor don Manuel Baena y Diaz, en primer lugar, y al señor don Domingo Muñozcan, en segundo.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

AMAPOLA.

CHARADA.

Una yerba es mi segunda
no tercera repetida,
y la prima por mi vida
en cualquier escrito abunda.
Mi prima en el *todo* hallar
no es cosa rara tampoco:
no cavilar, que con poco
que se piense han de acertar.

J. M. Bello.

Puerto de Sta. Maria.

Editor responsable, D. ABELARDO DIAZ.

CÓRDOBA:—1868.

Imprenta de Miguel José Ruiz,
Maese Luis, 15.